

Los lares EL VINO

PRÁCTICAMENTE finalizadas las labores de la vendimia, ahora se experimenta la nostalgia evocando el dulce meneo de esos pueblos que se vuelcan, año tras año, en extraer la uva. Ahora vamos camino del invierno y esa nostalgia se agudiza.

Esa nostalgia se agudiza también cuando somos conscientes de que el vino, bajo algunos aspectos de consumo, lleva ya años de capa caída. Las Administraciones priman a los agricultores que se decidan a arrancar sus viñas. Raro es, por otra parte, ver por la noche las refulgentes copas de vino colmadas sobre las mesas de los «pubs», sobre las barras de los bares abiertos. Los gustos han cambiado o las influencias de lo anglosajón o de «yankilandia» son cada vez más fuertes.

Mi paisano Daniel Romero ha mostrado preocupación por el elevado índice de ingestión de alcohol que se da entre los muchachos de Toledo, alarma que se extiende a todo el territorio nacional, especialmente en los núcleos urbanos; y ha instado, sin duras controversias ni con la imposición feroz de un reglamento, a que los hosteleros colaboren. Todo parece que ejemplarmente va por buen camino a la espera de un saldo positivo.

El que ciertos establecimientos no puedan vender alcohol hasta entrada la noche pudiera resultar, a primera vista, una acción rúcana, inoperante al cabo. Es posible. Sin embargo, el problema hay que intentar atajarlo como sea, porque a tan corta edad se bebe mu-

cho. Quien tenga un hijo mozo bien percibe el peligro.

Que se siga consumiendo cerveza, excelente producto ibérico, pero que se reanude también el antiguo consumo del vino, excelente producto de importación de la Grecia y Roma clásicas y sabia medicina si se le da unos usos moderados. Mi amigo Antonio Pereira, polifacético y reconocido escritor leonés, habla sentidamente del fruto de la vid en su breve y



magistral texto «Confidencia del vino», párrafos que me sirven de cabecera, y dice: «A mí me da pena viajar por tierras hermosas de paisajes y benévolas de clima pero donde los hombres (y las mujeres) tienen arroz y opio, o maíz y coca, pero desconocen el crujir de la corteza del pan y la suavidad del vino».

Joaquín Brotóns, poeta y bodeguero de La Mancha, aconseja probar el vino como si se tratase de un guayabo; y Omar Jayyan, con humor e hipérbola, lo ensalza en sus numerosas «rubaiyat» dedicadas a sus efectos: «No bebas, porque el vino el fuego encendería/ Del infierno, me ha dicho un falso puritano./ Si eso fuera verdad el Edén estaría/ tan liso como está la palma de mi mano».

En fin, una simple botella es presente tan grande que para reafirmarlo termino acudiendo otra vez a Antonio Pereira: «No es por tacañería, pero el vino es una gloria que se lo regalen a uno». Lo digo, más que nada, porque en estos días bebo un vino de «Huer-tas», franco, suave, exquisito y regalado.